



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

EL HOMBRE INCOMPLETO
Y
EL PODER

Título original:

DER UNVOLLSTÄNDIGE MENSCH UND DIE MACHT

Tanto este título como los cuatro siguientes fueron
publicados en la obra *Sorge um den Menschen*

Traducción de

JOSE MARIA VALVERDE

EL SOMETIMIENTO DE LA NATURALEZA

1

Queremos entrar en nuestra cuestión de tal modo que nos hagamos presente cómo se ha encontrado el hombre primitivo en el mundo. Esto apenas nos es posible a los hombres actuales, aunque estemos en posesión de tan ricos conocimientos y medios auxiliares; pero al menos debemos intentarlo, porque sólo sobre esa base se hará evidente nuestro problema.

Este hombre se ve rodeado de una naturaleza que no comprende; por eso le llegan de ella amenazas innumerables. Los trastornos meteorológicos son terriblemente duros, y las catástrofes de la naturaleza son abrumadoras. El alimento y el vestido tienen que obtenerse con grandes esfuerzos. En el mundo animal circundante acechan peligrosos enemigos, y el hombre está afligido por graves enfermedades... A todo ello, él sólo puede oponer un organismo que en el aspecto natural es sumamente insatisfactorio, pues no dispone de la velocidad del animal, ni de sus medios de combate; por otra parte, su posición erguida le proporciona, en principio, más peligro que ventaja.

Digámoslo más exactamente: no es precisamente un animal, sino algo más y algo diverso, y por ello, justamente, más en peligro que todos los animales, que se adaptan por completo al mundo circundante con sus órganos e instintos. Ya en el hombre primitivo vive el espíritu, aunque todavía poco libre. Este formará la situación de la cultura, en un tiempo incomprensiblemente corto si se compara con los períodos de evolución biológica; pero al principio, si se compara con la seguridad del animal, perfectamente ajustado a su mundo circundante, el mismo espíritu actúa como un peligro. Pues la sensibilidad para las impresiones, así como las reacciones contra ellas, los actos de defensa y de ataque, las medidas con que el hombre se ajusta a las condiciones dadas del mundo circundante, con que busca defensa y manutención, todo eso, con la influen-

cia del espíritu se hace menos inmediato, menos seguro y exacto que en el animal. Lo que dará luego al hombre su enorme ventaja sobre el animal, al principio es un obstáculo.

Es decir, el hombre primitivo ha debido sufrir terribles privaciones y dificultades. Y también miedos a las potencias de la naturaleza, que le eran incomprensibles; y algo más: que tenían un carácter terrorífico, demoníaco, en consecuencia de la capacidad religiosa de aquel hombre, grande, pero todavía sin iluminar espiritualmente. Muchas cosas oscuras de la profundidad de nuestro inconsciente actual proceden de esa época sombría*.

Pero el hombre se pone a defenderse; y la primera arma que aplica contra la naturaleza es la experiencia. Por sus encuentros con los osos de las cavernas sabe que si actúa de tal o cual modo se puede salvar. En el caso de que escape a una determinada dirección del viento, puede superar astutamente al animal. Si nada en dirección oblicua a través del río, la corriente le ayudará... Así va añadiendo experiencia a experiencia, y aprende. Y, ciertamente, aprende por el espíritu. No nos debemos sugestionar por teorías que tratan de comprender el devenir cultural del hombre con conceptos naturalistas; sólo hacen incomprensible el proceso. El hombre aprende de otro modo que el animal, porque está en el mundo de otro modo que éste. Su posición respecto al ambiente está determinada de antemano por el espíritu, tanto en lo positivo cuanto en lo negativo. Así aprende, pues; su proceder se hace más seguro, y el éxito, más fácil. Transmite a sus hijos lo aprendido, y éstos empiezan con mejores probabilidades.

En esto le ayuda lo que llamamos «instinto»; el acomodo involuntario al mundo circundante; el sentido

* No necesito subrayar que aquí no se habla de ningún evolucionismo. Toda la relación conceptual de creación, estado primitivo, primera rebelión y pecado original ha quedado al margen de la consideración.

para el peligro y su evitación; la sensibilidad inmediata para las cosas que corresponden a sus exigencias. Sería muy interesante precisar qué diferencia hay entre el instinto del hombre y el del animal, y cómo se relaciona el acto instintivo con el espíritu, la comprensión y los planes; pero aquí no podemos entrar en ello.

2

Después interviene la construcción del instrumento. El hombre comprueba que hace más cuando golpea con una piedra que con el puño desnudo; más aún, si la piedra está afilada, y más, si ata a un palo la piedra así preparada... Aumenta, pues, su capacidad de salir al encuentro de un peligro o de conquistar algo codiciado.

El simple instrumento permanece en articulación inmediata con las funciones corporales; pero el hombre inventa todavía otra cosa. Por ejemplo, hace la experiencia de que puede ordenar palos y piedras formando un montaje en que cae su presa animal: la trampa. O descubre que el fatigoso trabajo del molino de mano puede ser suprimido haciendo que el agua del río dé vueltas a la piedra: el molino. Esto es, aprende a captar energías de la naturaleza y a orientarlas de tal modo que resulten efectos determinados, correspondientes a sus intenciones: la máquina; el conjunto objetivo, estructurado en sí, por el que puede obligarse a fuerzas naturales para resultados determinados y deseados.

Con el progreso de la experiencia, con la seguridad del instinto, con la habilidad en la organización y ordenación conjunta de materiales y energías previamente halladas, surge el mundo de los medios auxiliares, con que el hombre defiende o se apodera de la naturaleza. Pero lo que da su auténtico sentido a ese conjunto es que el hombre no sólo capta en la memoria y continúa las comprobaciones casuales, sino que comprende espiritualmente los procesos; que encuentra reglas de su desarrollo; reconoce fundamentos según los cuales esto

va de un modo y no de otro; todo lo cual, poco a poco, en el transcurso de la historia, lleva al exacto conocimiento de la naturaleza y de sus leyes.

3

Así el hombre, de modo cada vez más decidido, se hace señor de la naturaleza. Aquí se aplica un principio que llamaremos de la «ambivalencia»: si levanto una piedra para tirarla, el levantar su peso es un esfuerzo para mí. Si tomo posesión de algo, debo guardarlo y defenderlo; más aún, el simple hecho de tenerlo altera mi posición. Eso significa: el hombre no puede ejercer ninguna acción sin experimentar él mismo una acción recíproca. En todo lo que hace, se le hace algo. Siempre que capta algo, es captado él mismo.

De todo ello resulta una conexión de efectos extremadamente múltiple: las exigencias vitales encuentran satisfacción; las disposiciones anímico-espirituales se desarrollan; el contenido de valor de la existencia va subiendo; se forma ese conjunto de muchos estratos y muchos sentidos, en que lo objetivo y lo personal están entretnejidos en una sola cosa, y que llamamos «cultura». Con ello el hombre supera también esa experiencia estremecedora y humillante de que hablábamos: la experiencia de estar entregado a la naturaleza, el miedo a ésta. Cuanto mayor poder sobre la naturaleza, más rica existencia, más libre sentimiento de la vida, menos miedo.

LA PROBLEMATICA DEL PODER

1

Ahora bien, ¿con esto tenemos ya la fórmula completa de la relación del hombre con la naturaleza? Así lo afirma el modo de ver que anima la Edad Moderna. Podemos expresarlo en las siguientes frases: La marcha de la historia representa un constante progreso hacia un dominio cada vez más completo de las cosas. Por él los hombres están más seguros ante los peligros; sus necesidades se satisfacen mejor y obtienen así la posibilidad de refinarse; se despliega la vida de la personalidad; aumenta la felicidad de la existencia humana. Ahí está el sentido de la historia. «Historia» significa simplemente progreso. ¿Es eso cierto?

Es cierto mientras el hombre pueda elaborar también personalmente la materia del mundo, de que toma posesión. Es decir, mientras que la salud de su cuerpo, la capacidad de experiencia de su espíritu y la nobleza moral de su persona son elevadas por la acción recíproca que regresa hacia él desde aquello que él ha dominado. Tanto el pasado como el presente nos dicen, sin embargo, que no siempre ha sido ni es éste el caso, en absoluto; sino que más bien vuelven siempre a aparecer sobresaturaciones en que el hombre ya no es capaz de elaborar adecuadamente la materia de mundo que ha captado. Con el exceso de posesión, ya no reconoce ninguna ordenación de valores con que orientar su acción; no tiene clara conciencia de la orientación de la labor constructora o destructora; queda sometido a la coerción de las situaciones materiales, sociales y políticas, así como a las modas culturales, etc.

Cierto es que el hombre se hace más libre, más seguro, más creador, mediante el poder creciente sobre la naturaleza; pero sólo en tanto responda correctamente a la pregunta que lo decide todo y que dice: «Poder, ¿para qué?». Pues el poder sólo obtiene su carácter por lo que se hace con él.

Pero el hombre que tiene poder, ¿hace con él lo que es debido? La experiencia cotidiana, así como la historia del pasado, muestran que no siempre es ése el caso, en absoluto; que con él se pueden hacer también las cosas más necias, más destructoras, más perversas.

Se replicará, ciertamente, que hay algo, a pesar de todo, que llamamos razón y moralidad. Pero eso está sustentado por la libertad y debe estarlo, porque de otro modo se convertiría en mera función, y la libertad no podría asegurarlo.

O se aludirá al influjo de la educación. Con toda seguridad, es muy importante; en efecto, los creyentes en el progreso ponen una confianza plenamente religiosa en los diversos intentos pedagógicos sobre niños y mayores, sobre los individuos y sobre la sociedad. Están convencidos de que una educación apropiada lo orientará todo cada vez a mejor. Es obvio todo lo que puede decirse a favor de eso; pero en su núcleo la idea es tan discutible como la del progreso continuo. Pues en lo más hondo, el hombre vive de su decisión, y ésta es libre. Con cada cual empieza la historia de nuevo. La idea de la educación se vuelve falsa cuando se considera ella misma como un elemento del seguro progresar. La auténtica pedagogía debe estar orientada a la libertad y, con ella, a las posibilidades trágicas de la acción humana, tanto del individuo como de los grupos y de la totalidad.

Pero si se penetra en el núcleo del problema y se pregunta: ¿qué se expresa entonces en la decisión de la libertad?, ¿qué la determina? La respuesta ha de ser: el modo de pensar del hombre. Y por lo que toca a éste, no podrá decir algo muy diferente sino: «Tú mismo eres un hombre. Mira dentro de ti». Pero también será útil, para interpretar lo que es «modo de pensar del hombre», tener en cuenta lo que han sido los años desde la primera guerra mundial, con su inconmensurable falta de conciencia y con su incomprensible locura.

A la luz de esta idea, no representa en absoluto una ocasión para tranquilizarse el ver cómo crece, constantemente y a compás cada vez más rápido, el poder del

hombre sobre la naturaleza, así como sobre sus semejantes.

Con tal rapidez y universalidad, que a menudo nos invade una extraña sensación: el hombre, por principio, lo puede todo, y si eso suena a exageración, se puede también decir: todo lo arbitrario. Naturalmente, por todas partes encuentra fronteras, y una catástrofe tras de otra le sirve de aviso. Pero la sensación básica, sin embargo, es la que dice: «Sólo con que investiguemos bastante tiempo, con que experimentemos con bastante exactitud, alineando experiencia tras experiencia, podremos todo lo que queramos».

2

Así nos hemos puesto delante de lo que constituye el peligro del poder. Reside, ante todo, en el hecho de que ese poder, aunque pone al hombre en condiciones de dominar a la naturaleza, es también el medio que puede dirigir contra los demás hombres, para dominarles, para perjudicarles o para aniquilarles. Puede ser un pueblo extranjero, y el uso del poder consistirá en guerra, dominación, destierro. Pero puede ser también el pueblo propio, o un grupo dentro de él, y la acción consistirá en lo que se llama revolución, dictadura, desposeimiento de derechos económicos y sociales, lucha de competencia, trabajo obligatorio, explotación, etc.

Y ¿qué decide que se ponga en marcha algo semejante? El hombre mismo, en cada caso, el que tiene la palanca en la mano. Un lugar común, ¿no es verdad? Pero creo que no es indiferente que uno se haga capaz de reflexionar sobre lugares comunes. En efecto, lo que éstos dicen son las verdades básicas que sustentan la existencia.

Se trata, pues, de ver en qué medida ese hombre de la palanca reconoce normas que estén por encima del instinto de poderío, del Estado, de la nación, aun en la situación más apremiante: ¿hasta qué punto

es capaz de reconocer la exigencia de esas normas en la situación dada, y aplicarlas con bastante energía contra las tendencias más persuasivas, más violentas y más apremiantes, de índole política, económica y sentimental? Pero los acontecimientos de los últimos decenios nos han enseñado lo que eso significa concretamente entre nosotros y en los demás países, por más que en todos sin excepción fueran los programas tan convincentes y las consignas tan impresionantes. Pero entonces se hace evidente otra pregunta: ¿Los peligros del poder se dirigen sólo contra los demás?

Ya Sócrates habría dicho: «Amigo mío, olvidas al que es más profundamente perjudicado en caso de abuso del poder: ¡aquel que lo ejerce!». Y a la objeción de que éste ya sabría protegerse, el viejo sabio habría contestado: «El peligro no le viene de fuera: con tal peligro podría arreglárselas. Le viene de dentro: de sí mismo. El poder tiene la propensión a un uso cada vez más fuerte, o sea, a un uso que desprecia toda norma por encima de él. Entonces, el que sucumbe a él, cree que domina a los demás; pero en realidad él mismo es el dominado, y por cierto, por su propio poder».

En efecto, lo que da ocasión a los hombres para la conquista y uso del poder no son sólo objetivos que puede realizar cuando tenga posibilidad de disponer de cosas y personas, sino una tendencia que busca el poder por sí mismo, que lo disfruta, al margen de toda utilidad o más allá de toda utilidad. Pero las tendencias en el hombre tienen la inclinación a desprenderse de la ensambladura de sentido del conjunto de la vida, a hacerse independientes y a perder así su medida y sentido. En el animal, cada tendencia está inserta en el conjunto, referida a las otras tendencias, controlada según su dirección y medida. En cuanto ha logrado un cumplimiento adecuado a su sentido, reposa. A la esencia del hombre pertenece el espíritu, y en el espíritu, la libertad. Con ella, todas las tendencias adquieren una amplitud, una hondura, una fuerza, incluso una libertad, que no tienen en el ani-

mal. Pero con eso precisamente pierden también esa seguridad que da el control de la articulación de la naturaleza. Están en peligro de salirse de la conexión con el todo, de quedar en lo desmesurado, de perder su sentido y volverse contra la propia vida. Lo que surge entonces es tan insensato, tan destructivo y malo, que ya no se puede entender, y se habla de lo demoníaco. No tenemos más que pensar en las formas históricas de los últimos decenios para verlo todo esto hecho realidad.

El poder es constructivo en tanto permanezca en la ordenación de aquel ser que lo posee; en tanto en él se inserte dentro del conjunto la tendencia al poder, y en tanto esté controlada según su medida y dirección; en tanto vea entero el sistema de equilibrio en que cada impulso en un lugar produce alteraciones en los demás, y cada valor se paga con la pérdida de otros; en tanto se sepa responsable de que acontezca lo justo, y la tendencia al poder quede subordinada a este mandamiento de lo justo.

Si ya no es éste el caso, entonces ese poder, que con tan largo esfuerzo se había obtenido para mejorar la vida, se vuelve contra la misma vida.

LA SITUACION INCOMPLETA DEL HOMBRE ACTUAL

1

El hombre moderno ha desarrollado con el más amplio alcance esas dotes que eran necesarias para producir lo que llamamos ciencia y técnica. De ahí ha surgido una abundancia inconmensurable de bienes y socorros para la vida; y con ellos, un poder enorme sobre la existencia. Pero ¿tiene también las condiciones previas humanas que son necesarias para dominarlo todo, de tal modo que surja una cultura auténtica? ¿Una ordenación en que el hombre pueda vivir como hombre en libertad y honor?

Preguntado de modo aún más radical: ¿Posee todas esas disposiciones y facultades que son propias de la plena esencia del hombre?

El hombre de la Edad Moderna, al realizar ese enorme logro conseguido en los últimos cinco siglos, ha experimentado una alteración. Ciertas dotes en él se han hecho cada vez más fuertes, más refinadas, pero otras se han vuelto más débiles, más sordas, más inseguras. Se han perdido energías y actitudes que deberían existir para poder hablar de un hombre completo. El hombre se ha vuelto incompleto.

Busquemos un pequeño punto de apoyo.

2

El hombre es un ser que habla. Posee la alta capacidad de la palabra, por la cual expresa a los demás hombres lo que sabe, y de este modo adquiere comunión con ellos en la verdad.

Esa palabra es plena y completa cuando procede de un auténtico ver, saber y penetrarse. Pero éste es el caso solamente cuando en el mismo hombre existe también el silencio. Y «silencio» no significa sólo algo negativo, el hecho precisamente de que no se hable,

sino algo positivo en sumo grado: una quietud interior, una viveza desprendida, una profundidad. Pien- sen ustedes en la riqueza que perciben cuando se sientan en una cumbre solitaria de montaña; o en la abundancia de paz que tienen cuando se reúnen con un amigo, y surge ese buen silencio en que se está más cerca que en toda conversación...

Pero sólo necesitamos mirar al presente que nos rodea para ver en qué medida aterradora ha desaparecido ese silencio, y desaparece cada vez más; cómo la cháchara domina cada vez más, y crece el estrépito. Por fuera y, sobre todo, por dentro; pues la situación interior, aun de aquellos que no dicen nada, es a menudo muy diversa del silencio; es más bien una palabrería espiritual que sólo por casualidad deja salir fuera. Y por si no fuera bastante esta palabrería directa, el hombre de nuestros días se construye además un ejército de máquinas parlantes.

No hacen falta, pues, grandes dotes de observación para notar cómo la palabra se hace cada vez más superficial y barata; cómo pierde en seriedad, profundidad y plenitud humana; para no hablar de la confusión que tiene lugar con el lenguaje como tal.

El hombre es activo; marcha adelante, lucha, conquista, trabaja, ordena. Se hace señor de las cosas, arquitecto, regente, legislador del mundo. Pero también forma parte de la vida de ese mismo hombre la capacidad de reposar. Y el auténtico reposo no significa sólo algo negativo; concretamente, que uno no haga nada, sino más bien el polo complementario del hacer, como el silencio es el polo complementario de la palabra. El reposo es otra índole de vida, vibrante en sí misma, tan intensa como la acción, sólo que de diversa especie. Y de este reposo es de donde el acto recibe su frescura, su seguridad, su novedad y creatividad...

Pero tampoco hay duda de que el reposo desaparece cada vez más. Tomen un símbolo de lo que quiero decir: El arte antiguo conocía la imagen del hombre sentado, en concentración; pensemos en las estatuas

egipcias o románicas. ¡Qué reposo en ellas! Y ciertamente, no porque los artistas no hubieran sido capaces de indicar la acción, sino porque querían mostrar otra cosa diferente; la tranquila presencia del hombre; del hombre entero, de su cuerpo como de su espíritu. Compáren con esas imágenes las del Renacimiento: las figuras representadas a menudo ya no son capaces de estar realmente sentadas —para no hablar en absoluto de un auténtico trono—, sino que solamente se han quedado quietas un momento entre una acción y otra, pero en seguida volverán a levantarse y emprender nuevas actividades.

Forma parte de la vida humana el acto que surge del interior: el movimiento hacia lo otro, el esfuerzo hacia el encuentro con personas y cosas. Ahí percibe lo extraño, se acrisola en ello, lo penetra y lo conquista.

Pero el mismo hombre puede también volverse hacia dentro de sí mismo, estar en sí, penetrarse de sí mismo, dominar su mundo interior. Todo eso no solamente significa que no haya otra persona con quien tenga que hacer, sino algo positivo: el estar solo; estar en unidad consigo mismo, como viviente polo complementario frente a la totalidad. Allí dentro lleva el hombre lo que ha captado fuera; se da cuenta de ello, se lo apropia, y de ahí surge lo que llamamos la riqueza de mundo de una personalidad... Pero hay que decir una vez más que constantemente disminuye la capacidad de retorno al interior, de estar solo consigo mismo. Cada vez está el hombre más «fuera». Cada vez más frecuentemente está junto con los demás. Cada vez se entrega más a la publicidad; exhibe y se exhibe en reuniones e interviús, en prensa, en radio, en aparatos de televisión, en documentales, etc. La esfera de lo privado se hace cada vez más débil; la vivienda pierde importancia a ojos vistas. Cada vez aparece de modo más chillón un rasgo de la imagen característica de nuestra época, que sólo se puede designar como pérdida de la vergüenza.

Pero este modo de estar siempre fuera, esta volatilización en aumento del dominio interior, ¿no es lo que

tiene más culpa de que el hombre moderno pueda ser dirigido tan fácilmente por la propaganda, empaquetado en organizaciones y —a pesar de tanto hablar de democracia— por el Estado y la autoridad?

El hombre tiene la capacidad, tan poderosa como violenta, de conocer. Puede asumir en sí lo que haya y trasladarlo a esa forma de posesión que llamamos «saber». Puede, aún más allá, penetrar lo sabido intelectualmente mediante el sentimiento y la vida, y avanzar así hasta lo que llamamos «comprensión», donde se aclara la esencia de la cosa, se abre su sentido, y el espíritu percibe la capacidad significativa de lo que es.

Pero espero que ustedes crean en la opinión de uno que lleva más de treinta años en el trabajo universitario si les digo: el saber, la posesión y dominio intelectuales están en aumento, en una medida tan inconmensurable, que abrumba literalmente a los hombres —y aquí radica, en gran parte, el problema cada vez más apremiante de la universidad, lo mismo que el de la formación profesional—; pero se debilita esa profundidad que brota de la penetración interior, en mirada y experiencia, la comprensión de lo esencial, la percepción por el conjunto, la experiencia del sentido. Pues todo eso sólo se puede obtener en el enfrentamiento interior de la contemplación; y ello requiere calma, reposo, concentración. Crece el saber: la verdad mengua.

Con ello va inmediatamente unido algo más. El hombre es capaz de distinguir entre razón y sinrazón, valor y falta de valor, importancia e inimportancia. Lo que existe no sólo puede comprobarlo, sino también experimentar su valor, tomar posición ante ello, asentir o negarlo. Pero, claro está, sólo es capaz de ello cuando se da cuenta con claridad de lo que significa una vida justa, y cómo son sus ordenaciones, y dónde reside su sentido...

Sin embargo, esta claridad disminuye a simple vista, pues supone concentración. La masa de los fenómenos inunda la capacidad de distinguir. La multitud de las excitaciones priva de capacidad para ver lo que hay

tras ellas. El estrépito de los anuncios, la charlatanería en prensa y radio confunden el sentido interior. Cada vez se le hace más difícil al hombre actual ver la jerarquía de los valores, distinguir lo principal y lo accidental y lograr un auténtico juicio...

Esto ha sido sólo un rápido esbozo. Pero ha podido mostrar claramente que aquí se desarrollan dos sucesiones; dos formas de vivir humano; dos maneras de proceder humano, tanto respecto al mundo como respecto a sí mismo.

Las llamaremos, con una antigua denominación, el proceder activo y el contemplativo. El primero es aquel en que el hombre sale hacia las cosas apartándose de sí mismo. Se dirige a un objetivo, lo capta, y, según aquella ley de la ambivalencia, es captado a su vez por el objeto... El otro busca el centro propio; hace pie en él; obtiene distancia respecto a las cosas y está libre respecto a ellas.

El primer proceder determina, desde hace medio siglo, la vida del hombre moderno, y ha crecido constantemente en el curso del tiempo. El otro se hace extraño; pierde en fuerza y vigencia. Pero el resultado es que cada vez se hace más escasa la capacidad del hombre para estar en sí mismo, para tomar posiciones, para enjuiciar, para abarcar algo con la mirada, para establecer órdenes. Y de día en día se entrega más sin reservas a lo que pasa a su alrededor.

LA TAREA

1

Así hemos llegado ante lo que nos ocupa propiamente aquí: Mientras crecía hasta lo gigantesco la eficacia científica y técnica del hombre moderno se corrompía una parte de su ser. Se ha convertido en el hombre incompleto.

Esto ha podido parecer sin importancia durante largo tiempo. Incluso pudo parecer que este hombre consistente en pura actividad representaba una forma más alta de evolución. En efecto, así se ha creado también su mito: el hombre «fáustico» o «prometeico», o como quiera que se llamara ese ser que va armando ruido por la vida. Este hombre se ha arreglado una ética en que el trabajo se convertía en «el uno y todo», de lo cual luego el totalitarismo ha hecho todo un sistema político-social, más aún, una religión... Pero el que tenga la mirada clara se sentirá incómodo a la vista de lo que ha logrado este hombre.

Ustedes se preguntan: ¿Puede este hombre sobrellevarlo? ¿Se ha puesto a su altura? ¿Ha logrado embridar las fuerzas liberadas? ¿Y no sólo técnicamente, mediante mecanismos apropiados, sino humanamente; de tal modo que su resultado siga siendo obra del hombre libre y no lleve a una catástrofe? ¿O ha puesto en marcha algo de lo cual ya no es dueño? ¿Ha construido una máquina, haciéndose su esclavo para que pueda marchar?

La respuesta parece ser que el hombre actual, tal como es, no puede dominar los peligros que resultan de la evolución cultural de los últimos siglos, tanto para su vida exterior como para su salvación interior, porque ya no tiene ese distanciamiento, respecto al inmediato acontecer en el laboratorio, el trabajo y la oficina, que le sería necesario para poder comprender conjuntos de tal alcance; porque ya no ve las medidas según las cuales hay que juzgar las cosas, y de las cuales mañana dependerá simplemente la existencia de

todos; porque ya no dispone de esa libertad interior que se hubiera puesto a la altura de la enorme corriente de los problemas, motivos, intereses y desarrollos de organización que han entrado en movimiento.

Ciertamente, no necesito subrayar aquí que con todo esto no se ha de expresar ningún juicio sobre cuestiones técnicas o de política y economía. De ningún modo se dudará que el ingeniero o el economista actuales son capaces de las más ajustadas decisiones en el inmediato terreno de su especialidad. Aquí se trata de otra cosa: de lo humano. En lo humano, las cuestiones técnicas y económicas no se pueden resolver sólo desde puntos de vista técnicos y económicos, pues fluyen por el conjunto de la existencia, y ahí se trata del hombre. Pero en la conciencia de aquellos que deciden el curso del desarrollo técnico-científico, ¿está el hombre con su destino?

Ante la mera eficacia, se ha perdido de vista a aquel que logra la eficacia. Con referencia a su ajuste al objeto, en el proceso concreto aislado, lo que acontece puede ser totalmente oportuno; como conjunto y en referencia al hombre, es primitivo. En éste, hace tiempo que se ha perpetrado un peligroso robo. Pero este hecho debe también influir en el logro de su obra. Eso se hace evidente en cuanto no lo miramos en un territorio aislado o desde un punto de vista especial, sino observándolo en su conjunto: en cuanto esa totalidad en que existe el hombre, la cultura. Quien tenga sensibilidad despierta sabe que no está de acuerdo la cultura con el hombre, y toda la charlatanería del progreso universal es un modo peligroso de engañarse a uno mismo. En realidad, hay una masa constantemente creciente de mecanismos, materiales, procesos, productos, que no están en absoluto en acuerdo recíproco, ni están ordenados en absoluto según medidas auténticas de valor e importancia, como lo exigiría el concepto de cultura. Por todas partes se encuentra uno con lo superfluo, lo contradictorio, lo que no tiene sentido, lo dañoso; enteros dominios de la técnica y la economía sería mejor que no existieran en absoluto, o se

han salido de toda proporción; los métodos de producir necesidades, mejor dicho, de crearlas por sugestión, toman a veces formas peligrosas; y por más que se pueda expresar de otro modo este hecho, en el asombroso engranaje de la investigación más exacta y la técnica más precisa, domina un elemento del caos, por no decir de la anarquía, que procede de lo humano. Mejor dicho: procede de que falta la relación con lo humano. Así, es también esa anarquía la que da su peligrosa sugestión a la idea de una planificación general mediante la coerción del Estado.

Puede sonar raro, a la vista de sus logros, pero la técnica, desde el punto de vista ético y humano, está todavía en su fase de adolescencia. Es hora de que se haga mayor de edad, es decir, de que reconozca sus fundamentos humanos y asuma la responsabilidad por ellos.

2

Pero ¿en qué consistiría entonces la tarea? En que el hombre aprendiera a dominar no ya sólo las energías de la naturaleza, sino su propio poder; que subordinara a la existencia humana el acontecer técnico que marcha locamente, realizándose sólo por la lógica de sus propios problemas y procedimientos de cada instante; que superara el yerro de que siga en marcha el proceso de la invención, de la producción y de la organización sin preguntar qué va a ser del hombre que, a pesar de todo, seguirá existiendo. Pero aquí hace falta una superioridad, una claridad de la mirada, que sepa distinguir entre fin y medio, importante y no importante, correcto y falso, bueno y malo; una capacidad de elegir, de decidir según el sentido de la cosa, si puede hacerse algo interesante, o que promete ventajas, cuando es más esencial otra cosa.

Pero de eso sólo es capaz quien tenga conciencia del conjunto del existir y mirada para lo que ocurre en otro punto, cuando aquí se hace esto o lo otro, y se sabe responsable de ello; quien es capaz de resistir a

las tentaciones, la de ganar dinero, la de tener poder, la de probar de nuevo. Es una superioridad que, en definitiva, descansa en un ascetismo —no se asusten ustedes de esta palabra que ha degradado la burguesía del siglo pasado—. En una revista técnica se citaba hace poco, con asentimiento, una frase de Arnold Gehlen, que dice: «El conjunto de ciencia, aplicación técnica y aprovechamiento industrial hace tiempo que es en sí mismo una superestructura, automatizada y totalmente indiferente respecto a lo ético. Apenas es imaginable una modificación importante, si no afecta a los extremos más alejados: a la voluntad de saber, que es el punto de comienzo, o a la voluntad de consumir, que es el punto final del proceso. En ambos casos, el ascetismo, donde quiera que apareciese, sería la señal de una nueva época*.

¡Ideas significativas en nuestra época de alta técnica! El futuro del hombre descansa realmente en que alcance la capacidad de dominar la tendencia al poder y la ganancia, mediante la renuncia y la superación de sí mismo. Sobre esto habría que decir más de lo que aquí puede encontrar sitio.

3

Pero parece que no está en condiciones de semejante dominio el tipo, hoy canónico, del hombre activista. Con ello no aludimos a nada moralizador, como, por ejemplo, a que ese hombre no sea bastante altruista o concienzudo, ni a nada semejante, sino a algo que pertenece a la psicología de la relación con el mundo, es decir, a la cuestión de cómo está el hombre actual res-

* *Sozialpsychologische Probleme der industriellen Gesellschaft*, Problemas de psicología social en la sociedad industrial (Tubinga, 1949); citado en el artículo de W. Berkefeld: *Technischer Fortschritt und kulturelle Anpassung*, Progreso técnico y ajuste cultural, en *Der Ingenieur der Deutschen Bundespost*, 4, 41.

pecto al mundo, y si se ha metido en una relación que le hace imposible el dominio de semejante tarea.

Aquí será bueno percatarse de algo fundamental. Lo que hay en la base de toda posición creadora de valores respecto al mundo es el acto en que el hombre toma distancia respecto a lo inmediatamente dado. La cultura no comienza con el acercamiento a las cosas, sino con el distanciamiento de ellas. El reconocimiento, la valoración, la conformación y la producción creativa, todo ello tiene como primer requisito ese distanciamiento que posibilita la libertad del movimiento espiritual. Pero la situación del hombre actual parece precisamente consistir en que ha perdido ese distanciamiento, en una medida que sólo se puede advertir poco a poco. Ello no sólo significa lo que se puede reprochar a los hombres de todas las épocas: que han sido dominados por sus tendencias, que se han perdido en las cosas, y así sucesivamente, sino algo más que esto. La violenta eficacia de la época moderna ha absorbido al hombre en sí. El hombre se ha entregado a las consecuencias de los problemas económicos, de las tareas técnicas, de los desarrollos sociopolíticos, porque se han hundido las posiciones de libertad interior que le hacen capaz de resistencia.

De ello hay significativos síntomas en las ideas prescindiendo de lo inmediatamente práctico. Ante todo, la idea de progreso, típica de la Edad Moderna, que no significa otra cosa, en efecto, sino sancionar la consecución interna de la cultura. A ella va unida íntimamente la idea de evolución, según la cual el acontecer, tanto biológico cuanto histórico-cultural, deriva, con necesidad íntima, de una primera puesta en marcha. Ello encuentra su expresión política en el concepto moderno de Estado, según el cual el Estado realiza la síntesis de la existencia entera, pero él mismo no tiene por encima de sí ninguna instancia superior. Desde el punto de vista metafísico, todo ello queda reforzado por el monismo de la Edad Moderna, que entiende el mundo como la totalidad que existe sola, fundada en sí misma y desplegándose desde sí misma. Se desahucia

al Dios de la revelación, que se enfrenta soberanamente con el mundo por él creado y que funda al hombre por su llamada a la libertad personal. O bien se le disuelve al modo ateo, o se le inserta en el mundo como un elemento de misterio que prácticamente ya no actúa más. En lo filosófico se muestra la tendencia, cada vez más fuerte, a abolir la contraposición básica de sujeto y objeto, poniendo en su lugar una dialéctica del auto-aclaramiento y la auto-realización; y así sucesivamente.

Con todas las reservas que requiere un juicio de tanto alcance, creo que hay que decir que el hombre actual ha perdido la distancia al mundo. Y precisamente por eso ha sucumbido de tal modo a su consecución y dialéctica interiores, que le hacen incapaz de enfrentarse con él como debería ocurrir.

En otro contexto he intentado mostrar cómo el hombre de hoy, en una especie de marcha en espiral de la historia en planos «superiores», ha entrado en una situación de sentido que corresponde a la de las épocas más primitivas *. Entonces el hombre se veía frente a una naturaleza que no comprendía, y que, por tanto, le abrumaba con su dominio; si no quería sucumbir, debía tomar posición frente a ella con un largo y penoso esfuerzo para entenderla y ponerla en un orden, es decir, para producir cultura del caos. Pero en el transcurso de esa formación cultural, las concepciones y hallazgos, los materiales disponibles así como las formas de su estructuración, los problemas así como las posibilidades, el poder así como el desear, se han perdido de vista. El elemento básico de la cultura, el orden, expresado en las relaciones de fin y medio, medida y rango, se ha vuelto cada vez más débil, y ha surgido un nuevo caos, que ya no procede de la naturaleza sin riendas, sino de la misma obra del hombre: una masa inconmensurable de material de cultura, que corresponde en el hombre a una masa igualmente confusa de motivos, ideas, visiones, etc. De este modo, el

* *El ocaso de la Edad Moderna y El poder*, publicados en este mismo tomo.

hombre actual se encuentra ante una decisión que, al cabo de una serie de siglos, vuelve a ser la misma que la de la época primitiva: O sucumbe a la jungla —la de la cultura—, siendo absorbido por sus cadenas de motivos, confusiones de problemas y torbellinos de acciones, o bien obtiene una posición frente a ella, y la pone en una relación llena de sentido con la auténtica existencia personal. De lo que se trata no es de reformas que se pongan en marcha aquí o allá, sino de una nueva base y una nueva libertad, que hagan capaces al hombre para captar con la mirada lo que existe; para ser impresionado por el carácter auténtico de los procesos; para distinguir lo que está lleno de valor y lo que no tiene valor, y para asustarse de la falta de sentido que dan a los hombres tantos mecanismos. Una tarea, pues, que corresponde a la grandeza de la época primitiva; mejor dicho, que quizá la supera todavía porque el nuevo caos tiene una malignidad muy diferente.

Pero así nos encontramos ante la cuestión de cómo se han de crear esas condiciones previas que posibiliten su dominio.

Hemos visto que el activismo del hombre moderno ha debilitado en él cada vez más el elemento contemplativo, y que, por eso mismo, ha sucumbido a su propia obra. Entonces, sólo puede recuperar la nueva seguridad del punto de apoyo cuando domine ese elemento en sí: cuando vuelva a aprender a callar; a concentrarse, a dominarse a sí mismo; a obtener distanciamiento; a ver el sentido de los procesos; a no decidir según el apremio de ventajas y consignas, sino por la esencia de las cosas, y así sucesivamente. Sólo entonces puede hacer esa revolución que le está propuesta. Con estremecedora superficialidad, el concepto de revolución se une con todo aquello que significa despliegue de poderes políticos, económicos y técnicos. «Revolución» sólo puede tener un sentido positivo cuando rompe la falsa ordenación que quita al hombre su libertad y daña su vida, para hacer posible una existencia que sea digna de él; pero aquí su concepto se

empareja con un esclavizamiento que es mucho más peligroso que el extremo: la entrega interior a la lógica del poder y los mecanismos. Hay que abrir los ojos para que se pueda ver esto. Debe cumplirse una auténtica «re-revolución», un giro del conocimiento y la valoración, que borre todos los veredictos establecidos: «esto no va... esto no puede ser... esto contradice al progreso». Sí que va, sí que puede ser, y de ningún modo contradice el progreso; o, para completarlo francamente: al auténtico progreso. Pero sólo está en condiciones de ello quien tenga los requisitos necesarios: la libertad, la valentía, el distanciamiento, la fuerza para captar.

De eso se habla aquí.

Y de ello derivan por sí mismas tareas éticas de gran peso. El hombre moderno ha escapado a la responsabilidad por el conjunto de la existencia. Se ha entregado a responsabilidades aisladas, de índole científica, artística, política y técnica, de tal manera que se ha olvidado en absoluto de la responsabilidad por la vida.

Ya comprenden ustedes que se trata aquí de algo completamente diferente de esa psicotecnia con que los modernos «ingenieros de almas» influyen en la actitud y ánimo de los trabajadores, para que sus resultados marchen aún con mayor exactitud, rapidez y perfección. Con ella, el hombre no hace sino meterse más en el caos. Se trata de lo contrario: de tomar distancia respecto a toda realización inmediata para poder ver si está en acuerdo justo respecto a lo humano.

Del mismo modo, en la mencionada renuncia de sí mismo no se trata de lo que Max Weber ha llamado la moderna ascética del trabajo, o sea, esa actitud que sacrifica a la eficacia toda energía, salud, reposo, gozo y humanidad; sino también de lo contrario: la superación de la coerción del trabajo y el afán de eficacia en obsequio a lo humano.

Para iluminar el carácter apremiante de la cuestión desde otro lado que no me parece bastante observado, querría presentar aquí una idea que me persigue desde hace tiempo.

Europa, y también América; o digamos sumariamente, la raza blanca, ha perdido ya básicamente la privilegiada situación que tenía sobre otros pueblos por su superioridad técnica; y, a efectos prácticos, la perderá cada vez más y con mayor rapidez. Pueblos asiáticos y africanos entran en el campo de juego de la historia. Pero en ellos todavía es muy fuerte ese ingrediente de la naturaleza humana que en nosotros se ha echado a perder. Ante todo porque los africanos, por ejemplo, están aún en conexión viva con la naturaleza; de ello es una prueba el influjo no sólo fascinante, sino también fecundante, de la música y el teatro de los negros. Pero también porque, lo mismo que los grandes pueblos asiáticos, tienen una antiquísima cultura anímica: una tradición de concentración, de meditación y de ahondamiento interior, que todavía está operante. Todavía son «completos». Si ahora estos pueblos ponen pie en la ciencia y la técnica —como lo hacen, en efecto, con la mayor habilidad y en la sucesión más rápida—, entonces los blancos han de tener cuidado.

Cierto es que en el sufrimiento de la transformación perderán mucho de su herencia. Pero unas capacidades tan antiguas, tan fuertes y tan desarrolladas no desaparecen, rápidamente, prescindiendo de que quizá esos pueblos continuarán donde nosotros nos hemos interrumpido, y captarán, con una experiencia que ya no disponemos, los problemas del elemento del alma humana en la existencia moderna. Por tanto, hay probabilidades de que entren en la nueva evolución con oportunidades que nosotros hemos echado a perder antes; que a ellos les resulten obvias de antemano algunas cosas que nosotros tenemos que adquirir desde el principio y con esfuerzo. Así podrían adquirir una suprema-

cía que no consistiría en que sus máquinas fueran más avanzadas y sus bombas más poderosas, sino que en comparación con nosotros, serían hombres completos —o por lo menos, más completos—. La soberanía con que han conducido sus negociaciones en las más recientes conferencias internacionales debería hacernos meditar.

5

Al comienzo de estas consideraciones he recordado que aquí sólo se podía tratar de algo sumario, por lo que toca al número de puntos de vista y a la profundidad del planteamiento. Así, ya habríamos logrado bastante con provocar la sensación de lo apremiante del problema. Pero para determinar, todavía hay que rozar por lo menos la cuestión de qué se puede hacer entonces.

Está claro que no se pueden dar para eso unas indicaciones realizables inmediatamente. Más bien, aquí debe ponerse en actuación ese espíritu de investigación objetiva y recta que ha animado el logro científico de la época moderna. Si en un proceso técnico aparecen fallos, se pregunta entonces dónde están las causas y qué medidas son necesarias para remediar la situación. Lo mismo debe ocurrir aquí. Es obvio que así aparecerán conjuntos de problemas del mayor alcance y calado; pero los problemas existen para ser resueltos.

No podemos entrar en las formas de la observación y de prueba que son necesarias para esto. Pero déjenme aludir a algunas posibilidades resultantes de las experiencias del pasado.

¿Qué dirían ustedes, por ejemplo, si yo les propusiera hacer una vez al año algo semejante a lo que llamamos «ejercicios espirituales»? Esto es, retirarse a un lugar apropiado, tranquilos, sin concesiones al moderno afán de discusión y donde todo el que sepa algo del hombre y de los problemas de su vida diga cosas útiles sobre ello.

Con eso no se aludiría a nada definido eclesiásticamente, sino a algo que importa a todos. Una ocasión

de oír y meditar cuándo un hombre está en orden interior y cuándo en confusión; qué facultades hay en él, cuales están desarrolladas y cuáles echadas a perder. También habría ocasión de aprender cómo se queda uno tranquilo y sin tensión; cómo se concentra uno y se hace abierto y atento. En esa receptibilidad se asentarían ideas esenciales: tomadas de los escritos de hombres sabios, de las obras de los poetas, de la Sagrada Escritura...

¿Acaso esto no disolvería muchas cerrazones y rigideces con que nos atormentamos habitualmente? ¿Y no sería útil para no volver a sucumbir tan fácilmente a ellas? ¿No aparecerían en esos días las realidades de la propia vida más evidentes, más justas, en mejor proporción y conexión más completa de lo que suele ocurrir en otro caso? Y muchas cosas que acosan la vida, ¿no se mostrarían allí en una luz completamente diversa, de modo que se hiciera ver que no se había dejado impresionar por falsas necesidades? ¿No sería éste, quizá, un camino —uno entre otros— para lograr algo de mayor «perfección»?

Quien esté orgulloso de su realismo, quizá se reirá de semejante proposición. Un chino inteligente, creo yo, no se reiría. Me han contado que en un congreso internacional —en Oxford, si no recuerdo mal—, al cabo de pocos días, un grupo de estudiantes asiáticos dijeron que se tenían que marchar. Al preguntarles por qué, contestaron: «Porque vosotros no sabéis meditar». Habían visto en seguida el afán intelectualista de nuestras reuniones científicas, en que se acosa por todas partes a los oyentes, cuya técnica es perfecta cuando las intervenciones son lo más numerosas y lo más breves que se pueda, y están planteadas desde los más numerosos puntos de vista; en que se discute con rapidez, polémicamente, a menudo sin bastante orden interior; estos hombres, formados espiritualmente en tradiciones antiquísimas, se habían dado cuenta pronto de que de semejantes ocasiones no puede salir nada realmente importante. Pues el conocimiento de la verdad tiene otros requisitos: precisamente los que se

indican con la palabra «meditación»... Gentes de tal especie no se reirían ciertamente de una proposición como la que acabo de hacer. Quizá se extrañarían, incluso, de que los europeos y americanos anden desde tanto tiempo con cosas tan explosivas como la ciencia y la técnica, pero todavía no se hayan dado cuenta de lo que puede pasar ahí; de que no tengan todavía ideas sobre qué se puede hacer para que no pase nada, mejor dicho, para que pase lo que debe pasar.

O si yo dijera: Todo aquel a quien le importe que en los seis días de trabajo no sólo se tenga en marcha una actividad y se gane dinero, sino que se haga el trabajo justo al servicio de las cosas justas, ¿debe preocuparse que su domingo sea un día de verdadero reposo? Es decir, no un día de acoso de la recuperación y de industrias de la diversión, sino un día en que recibe su derecho el otro lado de la vida: las energías de la calma, de la concentración, de la profundidad interior; un día para dar voz en su ámbito a las cosas que sólo en él pueden hacerse evidentes: la ordenación de la existencia, la distinción entre lo válido y lo problemático, entre lo justo y lo torcido?

¿Acaso no sería entonces cuando la semana se haría plena? Pues «una semana» no significa sólo seis días de trabajo más otro séptimo en que no se trabaja para poder empezar el trabajo otra vez al día siguiente. Pensar así sería exactamente lo que se ha llamado la ascética del trabajo, por la cual el trabajo se convierte en «ídolo del trabajo»; en todo caso, con un ídolo adventicio, la diversión, que gobierna el domingo, y que a su manera también excita, como el ídolo del trabajo.

Lo que es «una semana», sólo se hace evidente a partir del hombre entendido correctamente: esto es, una unidad determinada rítmicamente en el conjunto de su vida, en cuyo transcurso se hace más plenamente él mismo y más rico en valor: seis días, en cuyo esfuerzo el hombre construye su obra, tal como se le ha encomendado, cuando «Dios le hizo a su imagen y semejanza», capaz de reinar sobre el mundo y de asumir la responsabilidad por él. Pero un séptimo día en

cuyo reposo se hace evidente que la obra del hombre sólo tiene su sentido cuando está ordenada dentro de la obra de Dios; y su dominio, cuando está ejercido por gracia del auténtico señor. Volver a vivir de nuevo esta verdad básica en ritmo siempre repetido, eso sólo es «la semana». Más aún, yo les diría si el hombre muy ocupado no puede reservar en el propio día de trabajo un cuarto de hora de silencio. Ustedes conocen la leyenda de Anteo, el hijo de la Tierra, contra el que luchó Hércules, sin poderle dominar, hasta que notó que su adversario recobraba fuerzas cada vez que tocaba el suelo: entonces le elevó del contacto con el suelo prístino y le ahogó en el aire, fuera de todo lugar. Es una leyenda de profundo sentido, que nos dice que hay un suelo prístino de la energía, y que está en lo hondo, en la libertad interior.

El hombre que por lo demás siempre está en actividad no necesitaría emprender nada especial en ese cuarto de hora. Sólo dejar a un lado las ideas que tienen que ver con la dirección de los negocios y las oficinas de organización; liberarse y quedar en silencio en sí mismo; y allí, en cada ocasión, según los requisitos de la convicción personal, tomar algo bueno. Puede ser una lámina de arte —una sola, considerada quietamente—, ¡no una lámina hojeada!, o una poesía; una frase del *Tao-te-king* o de las *Máximas y reflexiones* de Goethe; claro está, también, y entonces sería lo auténtico, unas palabras de la Sagrada Escritura...

Si lo hace así antes de entrar en su ocupación, o, en el caso de que entonces reúna la energía necesaria, por la tarde, después de haber firmado la última carta, entonces eso ejercerá, si se realiza con persistencia, una influencia queda, pero muy real, sobre el tiempo posterior, en cada ocasión. Esa influencia seguramente adquirirá su validez en algún punto, quizá en una ocasión que no tenga una relación muy directa.

No hago a la ligera estas proposiciones delante de ustedes. Ustedes, señores míos, tienen que habérselas con realidades de grandes alcances; establecen rela-

ciones y resuelven luchas cuyo campo se extiende sobre la tierra. Por eso temo, aunque no se rían, que les extrañe cómo, para las cuestiones que tienen que decidir en seguida, pueden importar unas cosas de índole —digamos— tan «inofensiva».

Déjenme decirles en primer lugar algo con toda franqueza: he leído muchos libros que se ocupan de la crisis de nuestra situación cultural y humana; he oído muchas conferencias y he tenido muchas conversaciones, pero no he sacado en absoluto de ellas la impresión de que entrasen en el núcleo de la cuestión mejor que lo que he dicho. Una vez que había dejado a un lado todas las expresiones especializadas, y las estadísticas y las eruditeces, el resto se me presentaba muy escaso...

Pero prescindiendo de esto: si ustedes siguen hasta su mismo arranque las investigaciones científicas, las construcciones técnicas y las empresas y organizaciones económicas, ¿adónde llegan entonces? Al hombre; a los datos fundamentales de su ser. Los logros que llenan nuestra época son tan grandes que el observador tiene fácilmente la sensación de que corren como un mundo cerrado, orientado por una racionalidad superior. En realidad, todas las decisiones, aun las más «realistas», se retrotraen a una hora en que el hombre estaba solo con su manera de ver, con su voluntad y su conciencia, y se preguntó: ¿Qué es lo justo? O bien faltó tal hora, y entonces esa misma falta fue lo primero, y desde allí vino el vacío de sentido que se adhirió a su acción.

Cuando se han vivido tiempos como los últimos decenios, se debería saber de veras algo de cómo tiene lugar la existencia humana. Y por qué la planificación más cuidadosamente meditada y el empleo de las más poderosas energías pueden terminar en ruinas.